



RENOVATIO IMPERII - PARTE I

HEREDEROS — DE — ROMA

SERGIO ALEJO GÓMEZ

Imperio Romano de Oriente, año 527 d.C. Cayo Vitelio ostenta el rango de comandante de los *bucellarii* que sirven bajo las órdenes de Flavio Belisario en la guerra que el imperio está librando contra uno de sus grandes enemigos: los persas sasánidas. Pese a ser uno de sus hombres de confianza y luchar con honor, en ocasiones no puede dejar de cuestionarse según qué decisiones, y es que, aunque sea soldado, posee una sensibilidad mayor que sus compañeros.

La guerra en la frontera oriental es dura y no está exenta de peligros. Aunque, en ocasiones, el enemigo puede estar entre los que luchan en tu propio bando. La traición de dos tribunos hace que la vida de Vitelio y sus hombres corra serio peligro. Estos dos traidores serán conducidos por él a Constantinopla para ser juzgados. Aunque quizás no contaba con que la corrupción estaba tan arraigada en todos los estratos de la sociedad. Así que Vitelio tendrá que esforzarse para que esos hombres reciban su merecido castigo.

Herederos de Roma es una novela histórica repleta de acción, intriga y también amor, que te transportará a varios de los territorios del imperio romano de Oriente, y en el que conoceremos a algunos de los personajes más influyentes del período de gobierno del gran Justiniano I.

Esta novela está dedicada a todos aquellos que sienten pasión por la historia, sin hacer excepción alguna. Es por lo tanto toda vuestra. Espero que disfrutéis leyéndola tanto como lo he hecho yo escribiéndola.

AGRADECIMIENTOS

QUIERO dedicar unas líneas de agradecimiento a todos los que han contribuido para que esta obra vea la luz y esté al alcance de todos los lectores.

Pero vayamos por partes. En primer lugar, como siempre, a la persona más especial en mi vida, y que ocupa una posición privilegiada e irremplazable en mi corazón, mi mujer Laia. Sin ella, nada de esto podría ser posible. Como le decía su querida abuela: «Es que vales un Imperio romano». Y nunca más bien dicho. Porque ratifico tal afirmación. Gracias «ninín» por tu paciencia, por tu apoyo, por tu consejo y por estar siempre a mi lado allá donde el destino me lleve.

En segundo lugar, quiero agradecer el enorme esfuerzo que ha hecho mi agente literario y fundador de Escribelndie, Carlos Hernández Alarcón, quién me ha apoyado mucho a la hora de escribir, corregir y mejorar la obra. Él siempre fue muy claro conmigo, y me dijo desde el principio que me diría las cosas tal y como las veía. Agradezco tu sinceridad, amigo. También las horas que le has dedicado a *Herederos de Roma* y a las anteriores obras que he escrito. Sé que te has esforzado y que lo sigues haciendo para buscarme un hueco en el Olimpo de los escritores. No te has cansado de picar a muchas puertas, e incluso has insistido en ocasiones defendiendo a capa y espada mi nombre y mis novelas. Un verdadero placer contar con tu ayuda. Espero que esto no sea más que el principio del éxito, y que podamos verlo y disfrutarlo juntos.

Tampoco me quiero olvidar de mis compañeros y amigos de La Biblioteca Perdida, Mikel Carramiñana y Bikendi Goiko-Uria. Podríamos decir que son mis descubridores y quienes me dieron la oportunidad de entrar en este maravilloso mundo de la radio y el *podcast*. Además de ser unos grandes profesionales de la radio y unos entusiastas de la historia, son unas grandes personas y me han hecho sentir muy a gusto con ellos desde que me embarqué en su consolidado proyecto allá por octubre del 2016. Siempre se han mostrado predispuestos a ayudarme en lo necesario a la hora de promocionar mis novelas, y me han aconsejado también sobre ellas. Espero también que nuestra colaboración sea longeva y que gocemos de mucho éxito, por descontado.

A mis amigos de la Legio VII Gemina Cohors VI Lemavorum, darles también las gracias por cederme gratuitamente la fotografía que hace de portada de esta obra. Tengo que decir que, desde el momento en el que me puse en contacto con ellos, se mostraron muy atentos y serviciales, y me ofrecieron una cantidad ingente de material gráfico para que escogiese el que más se ajustase a mis pretensiones. Desde aquí, les animo a que sigan realizando su tarea de recreación y de reconstrucción histórica tan bien como hasta el momento, al igual que les deseo mucho éxito en sus vidas, tanto personales como a nivel de asociación. ¡Gratitudo *fratri*!

Sin querer alargarme más en este punto, porque sé que estáis deseando empezar el libro, agradezco en general a todos los que de manera directa o indirecta, individual o colectiva, interesada o desinteresada, me han ayudado en la redacción de esta obra.

Espero que esto no sea más que el principio.

PREÁMBULO

Finales de febrero del año 527 d. C., en la frontera danubiana del Imperio

Estaba a punto de amanecer, en el campamento de los hunos reinaba un silencio sepulcral, tan solo unos pocos guardias se encargaban de la seguridad perimetral del mismo, pocos hombres para poder repeler un ataque como el que el capitán había preparado con tanta minuciosidad. Los exploradores llevaban ya varios días siguiendo a ese gran grupo, y le hacían llegar a su comandante en jefe todos y cada uno de los movimientos que esos salvajes hacían. Pese a que hacía ya varias décadas que los hunos no traspasaban los límites del Imperio, se les estaba vigilando continuamente, ya que nunca se sabía cuándo decidirían cruzar las fronteras e iniciar de nuevo una campaña de devastación. En la memoria de muchos, sobre todo de los más ancianos, todavía estaba muy fresca la desolación que había traído consigo desde las estepas el temible Atila, rey de esa tribu. Pese a que el Imperio Oriental no había sufrido tanto como el Occidental, en buena parte debido a los tributos que le pagaron al rey por alejarse de sus dominios, era por todos sabido la destrucción y el terror que ese bárbaro había dejado a su paso. La tradición escrita hablaba también sobre cómo la coalición que logró formar el gran general Flavio Aecio, al que todos llamaron el último romano, fue capaz de detener el ímpetu del rey de las estepas en la batalla de los Campos Cataláunicos. Cualquier muchacho de buena

familia conocía esa historia con todo lujo de detalles, formaba parte de la educación de la época y era sin duda un episodio del cual nadie debía olvidarse.

Quizás por eso, el capitán, había decidido seguir a ese gran grupo, en pro de evitar que la cosa se fuese de las manos y que se colasen dentro de los límites del territorio imperial. Fuese cual fuese su motivación, quedaba claro que pese a ser tan joven, Belisario se había convertido en un gran militar. Tenía una visión estratégica realmente genial, sabía anticiparse a los movimientos de sus enemigos y sobre todo, lo que era más importante, hasta el momento había salido vencedor de todos los enfrentamientos en los que se había visto inmerso. Ese aspecto era el que más confianza transmitía a los hombres que servían bajo sus órdenes, y el que más miedo y respeto infundía en el ánimo de los enemigos que se enfrentaban a él. Había ascendido muy rápido en el ejército, desde la base, hasta convertirse en uno de los hombres de confianza del propio general Justiniano, sobrino del mismo emperador. Este le había nombrado oficial de su guardia personal, y le había mandado a proteger el territorio fronterizo junto a sus ya cerca de seiscientos soldados, los llamados *bucellarii*. Los éxitos recientes contra la tribu de los gépidos le habían reportado fama, a la par que prisioneros y un suculento botín para las arcas del Imperio. ¿Y qué había mejor que la fama para un oficial que se estaba labrando su propio destino?

Fue por ello por lo que se dirigió a esa parte del *limes* con sus tropas, con la intención de acabar con cualquier amenaza que pusiese en peligro sus territorios.

Allí se hallaban, cerca de cuatrocientos ochenta jinetes, o lo que era lo mismo, cuatro *alae* de caballería, al abrigo de la oscuridad. Ocultos tras la espesura y la protección del bosque. Esperando a que su oficial al mando, el propio capitán en persona, que no había querido perderse ese momento, diese la orden de atacar. Las órdenes que habían recibido habían sido claras: acabar con todos los guerreros,

a la vez que con cualquiera que esgrimiese un arma. Era importante asestar una estocada fulminante, eso serviría de aviso a las demás tribus que rondaban las fronteras. Esos hunos habían hecho caso omiso de lo que les había ocurrido poco tiempo antes a los gépidos, parecía que no se habían percatado de ello, o simplemente es que no les importaba lo más mínimo. La cuestión era que no se podía permitir que avanzasen más, eso era un signo de debilidad, y el Imperio no podía permitirse hacer frente a una invasión en esos momentos.

La brisa fresca acariciaba el rostro de Cayo Vitelio, que iba montado a lomos de su caballo. Este era un magnífico ejemplar de color negro, compañero inseparable suyo desde hacía ya casi tres años. El mismo tiempo que llevaba sirviendo bajo las órdenes de Flavio Belisario, como miembro de sus *bucellarii*. Sostenía su lanza en la mano derecha, y su escudo ovalado en la izquierda. Como sucedía siempre antes de un combate, sintió un leve cosquilleo en su barriga, fruto de la tensión previa a un enfrentamiento. Aunque fuese un ataque sorpresa, siempre existía la posibilidad de ser abatido. Se encomendó al Todopoderoso, y recitó mentalmente una plegaría para salir intacto de lo que se avecinaba. En la misma oración rogó por sus camaradas, porque ninguno de ellos pereciese, y porque los que cayesen fuesen acogidos en el seno del Señor. Su montura también estaba tensa, lo percibía. Tal vez su propio estado de nervios y ansiedad se había transmitido al animal, que no paraba de golpear el suelo con sus patas delanteras. De repente una voz le sacó de su estado:

—Vitelio, amigo. Todo saldrá bien, no te preocupes, el Señor cabalgará a nuestro lado.

Se trataba de Quinto Gabinio, uno de sus mejores compañeros de la unidad. Era más veterano que él, llevaba casi cinco años de servicio. Era un buen hombre, un tipo cordial y atento, que se preocupaba por los suyos. Era oriundo de Heraclea, una ciudad muy próxima a la capital, Constanti-

nopla, y cuatro años mayor que él. Todavía recordaba cómo le ayudó a integrarse cuando se incorporó al regimiento. Pese a ser hijo de un noble, eso no fue impedimento para que sus compañeros le aceptasen. El hecho de ser un hombre de buena familia no fue un obstáculo para tener que cumplir con las mismas tareas y entrenamientos que el resto. Y eso sin duda le ayudó a integrarse rápidamente en la unidad. Eso, y en gran medida la ayuda de Gabinio, que desde el inicio estableció un fuerte lazo de amistad con él.

Ahora se hallaban allí los dos, juntos de nuevo. Como ya lo habían estado en muchas otras ocasiones. Él, gracias quizás a su *nomen*, estaba al frente de un ala de caballería, y Gabinio, como veterano y hombre de confianza, era su segundo al mando. En total, tenía bajo su mando a ciento veinte hombres, la gran mayoría de ellos soldados curtidos y bregados en decenas de batallas, fieles a su persona y por encima de todo a su capitán. Sabían que había mucho en juego, que aquella vez debía salir todo bien. Vitelio se giró hacia su segundo y le dijo:

—Espero que Belisario no se equivoque con esta acción...

—Descuida. Los exploradores se han asegurado bien —respondió el veterano oficial—. Además, ya sabes que el capitán no ataca si no lo ve claro del todo, para él las vidas de sus hombres son lo primero.

—Entonces espero que este ataque no sea una excepción.

Se giró un poco sobre la grupa de su montura y echó un rápido vistazo a los hombres que formaban tras él. Casi todos estaban curtidos en el combate, aunque recientemente se habían incorporado unos pocos reclutas llegados desde los cuarteles de entrenamiento. Pese a que se habían entrenado durante unas semanas, esa iba a ser la primera vez que entablasen combate y, con buen criterio, había preferido situarles en la última fila de la formación. Ubicándolos en esa posición se aseguraba de que cuando llegasen al

punto indicado, aumentasen las probabilidades de que el enemigo ya estuviese en fuga y por lo menos no arriesgasen en exceso su integridad. Había aprendido con el paso del tiempo a preocuparse por los suyos. Tal vez era un reflejo del propio Belisario, que siempre se mostraba atento y cuidadoso con los hombres bajo su mando. Se preocupaba por ellos, atendía sus demandas en la medida de lo posible, y combatía junto a ellos la mayoría de las veces. Era el arquetipo de oficial que todos los hombres querían tener. Se sentían muy cómodos sirviendo bajo sus órdenes, y ello les llevaba a mostrarse leales y cumplidores con todo lo que su capitán les pedía.

Se colocó bien el yelmo, ajustó la cincha para que quedase bien sujeto y revisó todo su equipamiento para comprobar que estuviese correcto. En el interior de su escudo estaban todos los *plumbatae*, y su larga espada colgaba del cinto. La larga armadura de malla le otorgaba una protección total, y se fusionaba como si se tratase de una sola con la de su montura. El aspecto de jinete y caballo era majestuoso, apenas existía punto alguno que estuviese desprotegido, y ello le hacía sentirse prácticamente invulnerable. Se puso por un momento en la piel de sus enemigos, de los que ya habían derrotado y de los que caerían en el futuro, y se estremeció. Se imaginó a cientos de jinetes blindados cabalgando hacia él, y sin duda un escalofrío recorrió su espina dorsal. Los romanos de Oriente habían sabido adaptarse a los tiempos, estaba claro, y Belisario les había instruido en el arte de la guerra de la manera más adecuada. Había sabido adaptar los aspectos más importantes de los ejércitos enemigos, y los había incorporado a sus tropas. La nueva caballería era muy superior a la que la todopoderosa Roma tuvo en su momento de máximo esplendor. Ese había sido siempre el talón de Aquiles de las legiones, y por ello fueron muchos los enemigos que, al disponer de mejores tropas montadas, les habían puesto en reiteradas ocasiones contra las cuerdas. Pero esos tiem-

pos habían llegado a su fin, el nuevo capitán de los *bucellarii* había sido capaz de ponerse a la altura de esos pueblos, los *clibanarii* romanos no tenían nada que envidiar a los de sus rivales. En cualquier caso, eran técnicamente superiores, ya que estaban preparados para combatir con todo tipo de armas, y eso les otorgaba mucha más eficacia.

—¿Has traído todo? ¿O te has dejado algo en el campamento? —dijo de súbito Gabinio a su oficial.

—Tan solo quería asegurarme de que todo estaba en orden... —respondió este con una leve sonrisa.

—Esta vez nos toca atacar de frente, así que asumiremos más riesgo —apuntó de nuevo su segundo.

—Lo sé —asintió Vitelio—. Aunque la segunda *ala* nos acompañará. No tendrán tiempo para reaccionar, les cogemos totalmente por sorpresa.

—No son más que salvajes —dijo de nuevo Gabinio—. Y pensar que estuvieron a punto de acabar con el Imperio de Occidente, no me entra en la cabeza.

—Atila fue temible, de eso no hay duda, amigo —expuso el tribuno—. El Azote de Dios le llamaron. Y no iban mal encaminados, pero Occidente hacía ya tiempo que languidecía... La gloria de otrora no era más que un recuerdo, la sombra de lo que fue antaño.

—Cierto... Estoy de acuerdo contigo. Además, creo que recordar que los hunos no estaban solos, arrastraron a un gran puñado de pueblos a los que les unía un sentimiento común: el odio a Roma.

—En cualquier caso, para nuestra suerte, ni estos hunos son los que acaudilló Atila, ni tampoco nosotros somos los romanos de esa época —dijo el oficial.

—Algo me dice que Dios nos tiene preparado un destino mucho mejor...

I

—El capitán ordena que la señal que dará inicio a la carga serán tres antorchas provenientes del campamento del enemigo, señor. Hasta que las tres no sean visibles, no deberás avanzar.

—Muy bien... —respondió al mensajero, que se dirigió hacia la otra *ala* que les acompañaría en la maniobra.

El campamento huno estaba a unos dos *stadia* de distancia. La caballería se había colocado lo más cerca posible del asentamiento enemigo, pero a una distancia prudencial, suficiente para no ser descubiertos. Una vez se iniciase la carga, en cuestión de poco tiempo alcanzarían la posición de esos salvajes, los cuales no tendrían ni tiempo de dar la alarma. Según los últimos informes de los exploradores, el total de personas que se habían concentrado en aquel punto alcanzaba las diez mil. Parecía que a lo largo de la jornada anterior un nutrido grupo, de quizás otras cinco mil personas, se habían separado del grupo principal y se habían dirigido hacia el norte, alejándose de esa manera de la frontera del Imperio. Sin duda se trataba de los más afortunados, con casi toda seguridad, muchos de los que estaban durmiendo en esas rudimentarias tiendas no verían salir de nuevo el sol. Los cálculos estimaban que a lo sumo habría entre dos mil o dos mil quinientos hombres en edad de combatir, aunque Belisario había sido previsor y había contado al alza. Era por ello, que, tras la carga inicial de los *clibanarii*, un contingente de infantería pesada compuesto por unos quinientos hombres y otro de infantería ligera de

número similar se lanzarían también al ataque. Aprovecharían el pánico y el terror causado por los primeros para acabar con todos los hombres armados que encontrasen. Los efectivos movilizados por el capitán eran inicialmente inferiores en número al enemigo, pero contando con la ventaja de la sorpresa, eso les hacía ser superiores.

De repente, Vitelio observó cómo un pequeño grupo de hostigadores, equipados de manera ligera, sin armadura y con armas arrojadizas, se adelantaban a la formación. Se acercaron hasta donde estaba el propio Belisario, en el flanco derecho de la formación, al mando de las otras dos *alae* que debían atacar por el flanco. El tribuno se quedó observando desde la distancia, aunque apenas se veía nada, estaba un poco alejado, y no había casi luz. Por orden directa del capitán no había ni una sola antorcha en todo el ejército, era vital caer sobre el enemigo sin que este se percatase de la presencia hasta que estuvieran sobre ellos. Se asumía el riesgo de que alguna montura y su jinete cayesen por culpa del terreno, ya que apenas era visible a sus pies, aunque los beneficios de la maniobra eran más elevados que los inconvenientes. Tras recibir las indicaciones, el grupo de hostigadores se dio la vuelta y se dirigió hacia el objetivo. Estaba claro que debían deshacerse discretamente de los guerreros que vigilaban. Lo que no tenía tan claro era si debían acabar con todos, o tan solo con los que estaban ubicados en el sector por el cual iba a iniciarse el ataque. La cuestión, en cualquier caso, era que cuando el trabajo estuviese hecho, esos hostigadores se encargarían de hacer la señal convenida que daría paso a la carga de caballería. Todo estaba en marcha, tan solo era cuestión de poco rato hasta que la matanza diese comienzo.

Un ruido le llamó la atención en aquel preciso instante. Unas filas por detrás de su posición, escuchó un caballo que piafaba. Se giró inmediatamente, y observó que la montura de uno de los reclutas noveles estaba empezando a agitarse. Al igual que sus jinetes, los animales eran tam-

bién recién llegados, relativamente jóvenes, y todavía no se habían estrenado en los campos de batalla. Podía suceder que el animal notase los nervios del guerrero que lo montaba, ya que eran muy sensibles a esas cosas. Algunos corceles eran descartados directamente porque no se dejaban colocar la armadura. Esos ejemplares no tenían cabida en el ejército, así que se les destinaba a otras tareas, y si tampoco servían se vendían a particulares o se empleaban como carne para alimentar a las tropas. Lanzó una mirada a Gabinio y le dijo en voz baja:

—Dirígete hasta él y trata de calmar al animal... Si no puedes, hazle salir de la fila y que se aleje de este punto. No quiero que las demás monturas se contagien de ese estado de nervios...

El veterano, conocedor de lo que había en juego, azuzó su montura, haciéndola girar completamente, y retrocedió hasta la posición donde estaba situado aquel jinete. El muchacho trataba de calmar al animal, pero al no conseguirlo, él también se ponía cada vez más nervioso. Algunos de los compañeros que estaban alrededor empezaron a girarse a la vez que sus caballos comenzaban a inquietarse. La cosa se estaba complicando, no podían permitirse el lujo de ser descubiertos tan pronto. Los hostigadores todavía no habían dado la señal de atacar.

Gabinio se dio cuenta de que tenía que sacar inmediatamente al caballo de la formación. Se situó justo detrás de él. Avanzó entre el animal en cuestión y el que estaba a su derecha y se colocó en paralelo. Cuando el soldado se dio cuenta de que el oficial estaba allí, le dijo:

—No sé lo que le sucede, señor...

—Está nervioso, muchacho. Al igual que tú —respondió Gabinio—. Será mejor que salgáis de la fila.

—Pero señor, si me marchó, ¿qué van a pensar los demás de mí? —inquirió el joven soldado con tono de preocupación.

—Eso es lo que menos importa en este momento —repuso el oficial con un tono más severo—. Si nos descubren por culpa de tu caballo, y todo esto fracasa, ¿qué crees entonces que pensarán tus compañeros?

El soldado comprendió lo que su superior le estaba explicando, e inmediatamente tiró de las riendas de su corcel y le hizo girar ciento ochenta grados. Salió de la línea y se dirigió hacia la retaguardia. Al verlo marcharse, el oficial les dijo a los dos hombres que estaban más cerca:

—Cerrad filas, y recordad lo que habéis escuchado aquí... Ese muchacho no es un cobarde, ha abandonado la formación por circunstancias que estaban fuera de su control. ¿Ha quedado claro?

Los dos hombres, y algunos más que estaban cerca, dijeron al unísono:

—Sí, señor.

Una vez aclarado ese punto, espoleó de nuevo su montura y se dirigió hacia la primera fila. Allí estaba su tribuno, Vitelio, que al verlo llegar le dijo:

—¿Lo has solucionado?

—El jinete y su montura han salido de la fila, le he ordenado que regresase al campamento —respondió.

—Si salimos con vida de esto, recuérdame que nos centremos más en el entrenamiento de los corceles. Debemos quedarnos tan solo con los animales aptos para el combate —dijo de nuevo el tribuno.

—Te lo recordaré, amigo. Porque estoy convencido de que vamos a salir de esta de una sola pieza —añadió Gabinio—. Y tomo nota de lo de los caballos...

Vitelio sonrió levemente y volvió a centrar su vista en el campamento huno. El Señor le había concedido el privilegio de poder contar con un gran segundo oficial, quizás uno de los mejores, por no decir el mejor, de los que formaban parte del contingente. Le había facilitado mucho el trabajo desde el primer día en que llegó. Estaba seguro de que, si no hubiese sido por él, le habría costado mucho ha-